

Premio Nobel de la Paz 1980

El desprestigio que rodea al Premio Nobel de la Paz debido a algunos sensacionales desaciertos en las nominaciones podría comenzar a disiparse con el Premio de 1980 a Adolfo Pérez Esquivel. Quizás la exaltación de ciertos guerrilleros reconocidos y su elección



para recibir ese laurel provengan de la composición del jurado, una comisión de miembros del Parlamento noruego. Se supone que en esa comisión participan diputados de diversos partidos políticos. A veces en el jurado predomina una tendencia y a veces otra. Deben producirse en el seno de esta comisión discusiones y controversias muy serias, como cuando se otorgó el Premio Nobel de la Paz a... Kissinger, nada menos. Es posible imaginar que en el interior de la comisión hubo en aquella oportunidad diputados que se negaron a comulgar con la rueda de carreta del pacifismo de Kissinger. Quizás con el ánimo de contrarrestar ese despropósito, esa designación absurda, irreal, propusieron que el premio se dividiera entre el entonces secretario de Estado de los Estados Unidos y el primer ministro Pham Van Dong, de Vietnam, en aquellos días Vietnam del Norte. Como era fácil prever, el estadista vietna-

mita se negó a aparecer sentado en la misma silla que Kissinger y rechazó la distinción.

Como en el pedir no hay engaño, para el Premio Nobel de la Paz se aportan los nombres más extraños. Gobiernos, parlamentos, universidades, iglesias, instituciones pacifistas proponen al Parlamento noruego nombres de gentes que, a su juicio, debieran recibir el laurel de la paz. Y llegan tan lejos en esas proposiciones, como cuando el nombre del siniestro Kissinger fue introducido allí. Para el Premio Nobel de la Paz 1980 hubo otro nombre insólito: el de Carter. Premios de la paz a los más conocidos atizadores de la guerra. A los que continuamente están movilizando acorazados y portaviones de combate de un océano a otro, aumentando los presupuestos de guerra, fomentando la carrera de las armas, manteniendo tenso al mundo con sus arrestos bélicos, instalando más y más misiles y armas mortíferas, erizando de cañones las múltiples bases militares que mantienen en todos los continentes, promoviendo golpes de Estado, desestabilizaciones, guerras civiles, cuartelazos, dictaduras militares en distintas partes del mundo. Todo en función de sus intereses y de los de las empresas transnacionales y los monopolios. Los ingresos de la ITT o de la Kennecott Corporation cuentan mucho más para estos "pacifistas" que la estabilidad de un pueblo que lucha por la justicia social.

Adolfo Pérez Esquivel, presa de los militares argentinos durante más de un año, huésped de sus feroces mazmorras y víctima de torturas indecibles, al salir de la prisión entregó su vida a la lucha por los derechos humanos. Se ligó a las valientes madres argentinas que todas las semanas pasean su dolor y sus ansias de justicia por la Plaza de Mayo de Buenos Aires, clamando por la suerte de sus hijos desaparecidos. Fue Pérez Esquivel, como dijo la comisión parlamentaria noruega uno de los hombres que "aportaron un poco de luz a la noche profunda" en que está sumido el pueblo argentino.

En el fondo, el laurel de Oslo va dirigido a las sienes de esas mujeres doloridas y desafiantes que pasean exhibiendo sus letreros, "que aparezca mi hijo", como personajes de tragedia griega. Como ellas, en Chile las madres, hijas y esposas de los presos desaparecidos expresan su dolor y su ira de mil maneras: se introducen en los templos católicos y realizan largas huelgas de hambre, se encadenan a las rejas de los edificios oficiales, aturden con sus clamores los oídos tapiados del dictador y sus cómplices.

Yo creo que a todos estos seres que sufren pero no dejan de luchar se les ha dado el Premio Nobel de la Paz 1980, simbolizándolos en un hombre, un ser sobrio, valiente e idealista en el mejor sentido del término: Adolfo Pérez Esquivel.